



# Espacio Literario



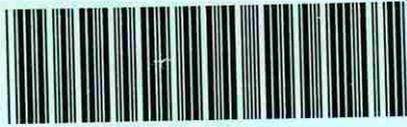
PQ7297  
.G85  
A6  
c.2



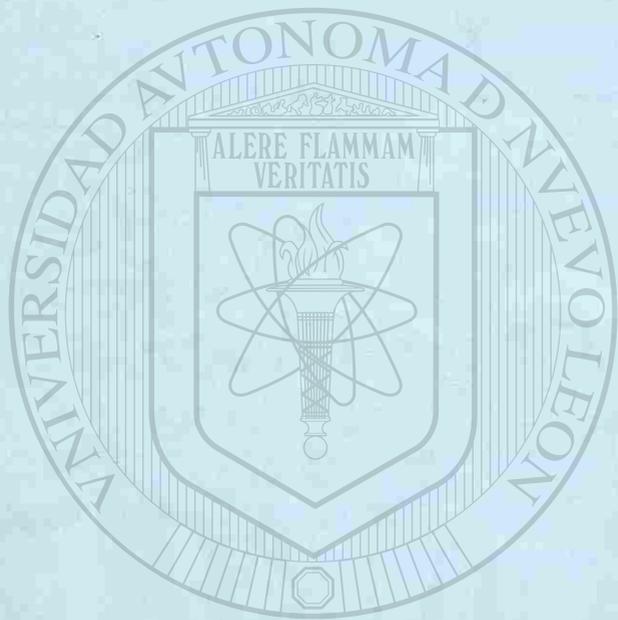
Ma. de Lourdes Muñoz Campos  
COORDINACIÓN DE ESPAÑOL



PQ7297  
.G85  
A6  
c.2



1020153087



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



P07297  
.G85  
A6  
C.2

980984

# Espacio Literario

## Autoridades

QBP. Juan Francisco Herrera Fdz.  
Director

Lic. Gabriela Vivían Rodríguez  
Subdirectora Académica

QBP. César Zapata García  
Subdirector Administrativo

QBP. Ma. de Jesús Flores Hinojosa  
Subdirección de Difusión Cultural

Lic. Mauricio Benavides Villanueva  
Secretario Académico

Lic. Francisco Ruíz Roque  
Secretario Administrativo

Ing. Gerardo Villalobos Acosta  
Secretario Escolar

QBP. Heriberto Flores Delgado  
Jefe del Departamento Editorial



FONDO  
FONDO  
UNIVERSITARIO



Martín Luis Guzmán

## COLABORADORES

Lic. Norma Alicia Reséndez  
Campos

Ing. Pablo Rivera Carrillo

Lic. Ma. de Lourdes Muñoz  
Garza

Lic. Ma. Eugenia Gauna  
Palacios

César D. Muñoz Mtz  
Luis A. Cruz Jauregui  
Héctor M. Leos Q.  
Diseño e Imagen

# Índice

1.- Introducción..... 2

2.- Biografía..... 3

3.- Memorias de Pancho Villa..... 6

4.- La fiesta de las balas..... 12

5.- Closures..... 20

6.- Obras..... 22

7.- Galería Revolucionaria..... 23

## INTRODUCCIÓN

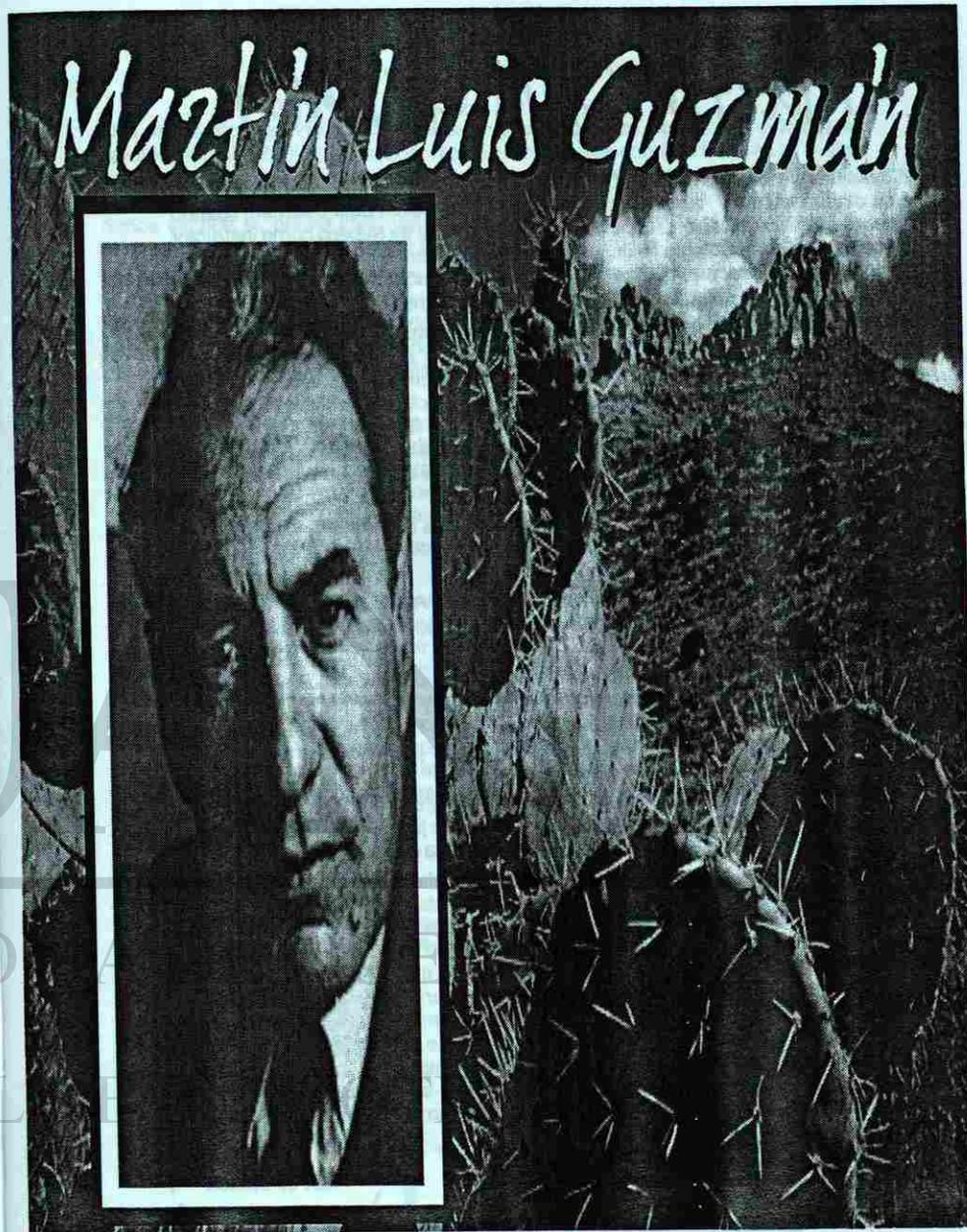
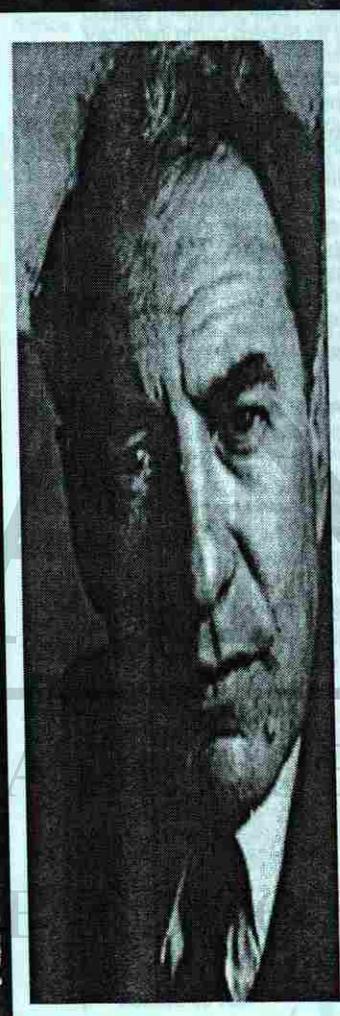
Ante la imperiosa necesidad de adquirir competencia en la comprensión lectora y el escaso o nulo gusto de los jóvenes por leer; nace la inquietud en la Academia de Español por difundir una serie de folletos literarios, los cuales incluirán relatos breves y amenos de diverso género y época; de tal manera que atrape y cautive al potencial lector llevándolo a sembrar y cultivar a profundidad un espíritu realmente crítico, tan oportuno hoy en día. Además que con esta práctica constante, desarrolle y amplíe su vocabulario.

La Revolución mexicana sacudió la nación entera cambiando su estructura social. Los artistas respondieron a este fenómeno, y en el campo de las letras se han producido centenares de cuentos y novelas de la Revolución.

En esta segunda edición se recogen dos relatos: el capítulo Primero contenido en "Memorias de Pancho Villa" y "La fiesta de las balas" que es un capítulo de "El águila y la serpiente" del escritor mexicano Martín Luis Guzmán. El hecho de que este escritor viviera los años de su formación de hombre en plena revolución y ajustara su manera de ser y de escribir a los hechos que vivió, hacen de él, el escritor más agudo y certero que "nos deja sorprendidos con el dominio perfecto del oficio". Con Martín Luis Guzmán damos inicio a nuestra edición con el segundo número de:

Espacio Literario

# Martín Luis Guzmán



## INTRODUCCIÓN

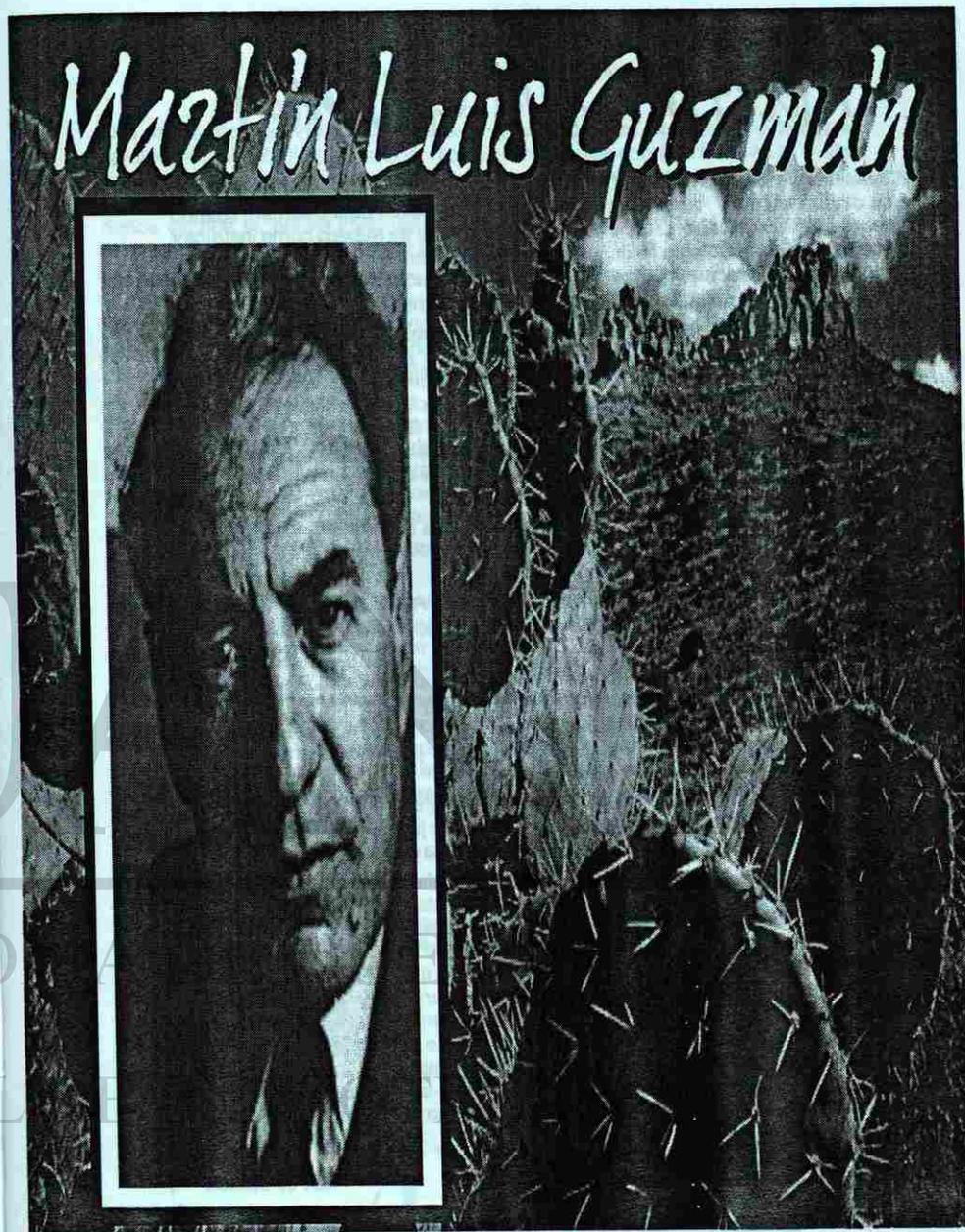
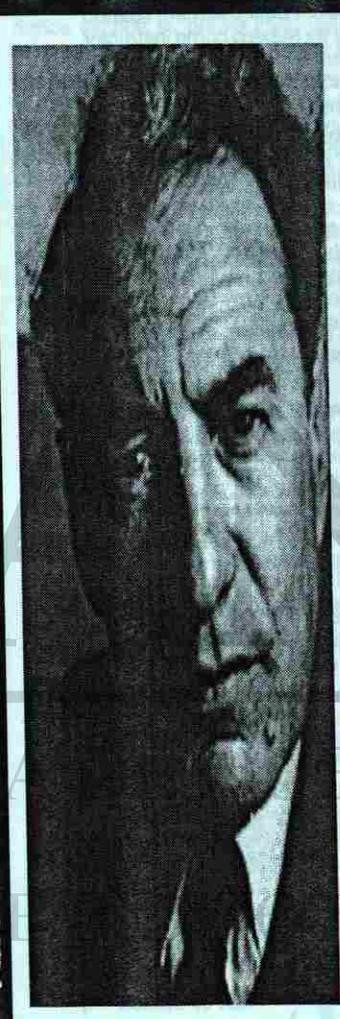
Ante la imperiosa necesidad de adquirir competencia en la comprensión lectora y el escaso o nulo gusto de los jóvenes por leer; nace la inquietud en la Academia de Español por difundir una serie de folletos literarios, los cuales incluirán relatos breves y amenos de diverso género y época; de tal manera que atrape y cautive al potencial lector llevándolo a sembrar y cultivar a profundidad un espíritu realmente crítico, tan oportuno hoy en día. Además que con esta práctica constante, desarrolle y amplíe su vocabulario.

La Revolución mexicana sacudió la nación entera cambiando su estructura social. Los artistas respondieron a este fenómeno, y en el campo de las letras se han producido centenares de cuentos y novelas de la Revolución.

En esta segunda edición se recogen dos relatos: el capítulo Primero contenido en "Memorias de Pancho Villa" y "La fiesta de las balas" que es un capítulo de "El águila y la serpiente" del escritor mexicano Martín Luis Guzmán. El hecho de que este escritor viviera los años de su formación de hombre en plena revolución y ajustara su manera de ser y de escribir a los hechos que vivió, hacen de él, el escritor más agudo y certero que "nos deja sorprendidos con el dominio perfecto del oficio". Con Martín Luis Guzmán damos inicio a nuestra edición con el segundo número de:

Espacio Literario

# Martín Luis Guzmán



# Martín Luis Guzmán

El "escultor de la prosa", Martín Luis Guzmán, nació en la ciudad de Chihuahua el 6 de octubre de 1887. No cumplía un año de edad, Martín Luis Guzmán, cuando su padre, militar de carrera, fue trasladado a la ciudad de México como instructor de caballería en el Colegio Militar. En Tacubaya, suburbio de la ciudad donde se conjugaban la frescura rústica de la provincia y los primeros destellos de modernidad, fijó su hogar la familia de Martín Luis Guzmán.

Sus primeros estudios los realizó Martín en una escuela de religiosos, donde la enseñanza de tipo confesional, incluía en un alto porcentaje el estudio del catecismo y rezar cuatro veces el rosario. Este ambiente de religiosidad influyó en el pequeño Guzmán a quien agradaba participar en los ritos religiosos, apoyado por su madre. La inclinación sacerdotal de Martín Luis Guzmán, llevó a su padre a prohibirle asistir a misa; pero el niño burlaba la vigilancia paterna por lo que el militar decide proporcionarle al niño otra opción que le abriera un mundo nuevo y diferente: la Lectura

Por sus manos pasan cuentos infantiles, obras de los románticos y todo texto lo tiene al alcance de la mano, de modo que al entrar a la adolescencia, la visión de la vida para Martín Luis Guzmán, tiene otros colores.

Un nuevo cargo del padre moviliza a la familia, esta vez como subdirector de la Escuela Naval de Veracruz y se dirigen hacia el puerto, lugar donde el liberalismo forma parte de sí mismo.

Ahí, en Veracruz, Martín Luis Guzmán, ha de estudiar en la escuela Francisco Javier Clavijero, cuya enseñanza es laica y gratuita y el método utilizado en la educación corresponde al de don Enrique Rébsamen. En ese tiempo, Martín Luis Guzmán, con 14 años de edad, ya se sentía atraído por la literatura y edita su primer periódico: La Juventud.

De regreso a la ciudad de México, el joven Martín, ingresa a la Escuela Nacional Preparatoria, donde se relaciona, por 5 años con otros jóvenes que leen a Platón, se interesan por el estudio de las ciencias y defienden la enseñanza laica.

Sin embargo, desde las páginas del periódico "El País", tanto programas como principios ideológicos de la escuela, son severamente atacados, motivo por el cual los preparatorianos organizan una manifestación para protestar enérgicamente e invaden las principales calles del centro de la capital. A este acto de protesta se organizó otro en el que los estudiantes marcharon con antorchas, logrando una entrevista con don Porfirio Díaz, el general que había impactado a Martín en su niñez pero que al verlo tan solemne, su admiración se esfumó.

A finales de 1908 se inscribe en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, ahí entra en contacto con Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Antonio Caso y José Vasconcelos. Martín Luis Guzmán participó en las Jornadas Culturales organizadas por el Ateneo de la Juventud, organismo de un grupo de jóvenes intelectuales.

Con la derrota de Victoriano Huerta y la división que surgió entre los jefes revolucionarios, Martín tuvo el encargo de entrevistarse con Carranza en la ciudad de México, pero en dicha ciudad fue hecho prisionero en septiembre de 1914. La inestabilidad política del país lo obliga a huir para ir a refugiarse a Madrid España, donde escribe su primer libro: La Querrela de México, en el que narra su propia percepción de los acontecimientos que asolan a la nación.

En 1920, Martín Luis Guzmán regresa a México, después del asesinato de Carranza y se hace cargo de la página editorial del periódico "El Herald" de México, fundado por el general Salvador Alvarado. Durante esta etapa se entusiasma con el periodismo y en 1922 funda el diario vespertino: El Mundo, pero también vuelve sus pasos hacia la política y es electo diputado del Partido Nacional Cooperativista.

La estabilidad política de México aún no llega y nuevamente tiene que partir a España, en 1915, de donde regresara hasta 1936, poco antes de que estallara la guerra civil española. Durante su obligada estancia en España, Martín Luis Guzmán, se convirtió en un pródigo y excelente escritor; de esa época data el inicio de Las Memorias de Pancho Villa, obra que publica en México y en la que supo proyectar la fuerte personalidad del Centauro del Norte.

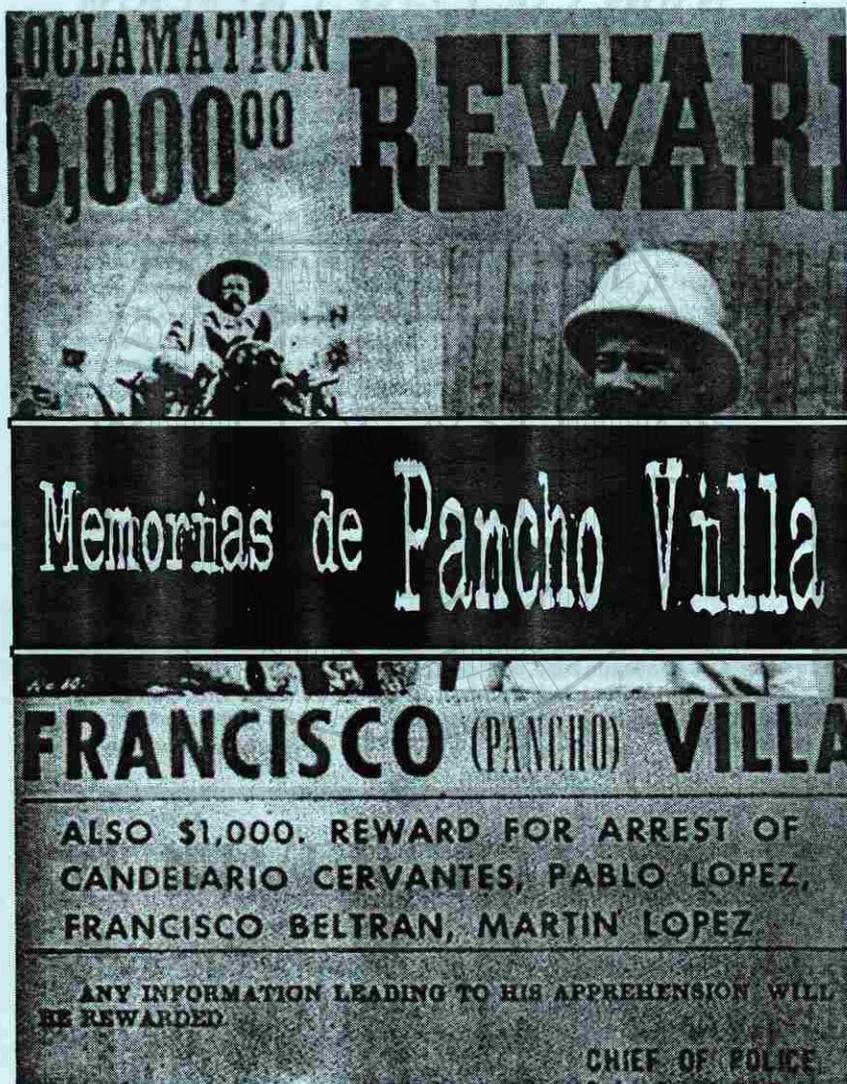
Entre sus obras también son dignas de mención: "El águila y la serpiente" y "La sombra del Caudillo".

Martín Luis Guzmán se vio obligado a escribir con los ojos hacia el siglo pasado porque Plutarco Elías Calles condicionó a la editora para que este escritor no siguiera escribiendo los temas de la Revolución Mexicana, como lo había hecho hasta el momento: sin trabas morales y con toda la crudeza de los mismos.

El retorno de Guzmán coincidió con la etapa del Gobierno Cardenista, que lo acogió como un elemento que hacía honor a la inteligencia nacional. Martín Luis Guzmán dejó de existir a los 89 años de edad, el 23 de diciembre de 1976.

**México reconoce en la obra de Martín Luis Guzmán al escritor que, a través de la literatura, dio a conocer las fuertes características de nuestra nación.**





A LOS DIECISIETE AÑOS DE EDAD, DOROTEO ARANGO SE CONVIERTE EN PANCHO VILLA Y EMPIEZA LA EXTRAORDINARIA CARRERA DE SUS HAZAÑAS.

La hacienda de Gogojito- Don Agustín López Negrete y Martina Villa.- La cárcel de San Juan del Río.- Los hombres de Félix Sariñana.- La acordada de Canatlán en Corral Falso.- El difunto Ignacio Parra y el finado Refugio Alvarado.- La mulera de la hacienda de la Concha.- Don Ramón.- Los primeros tres mil pesos.- El caballo del señor Amparán.

El 94, siendo un joven de diecisiete años, vivía yo en una hacienda que se nombra Hacienda de Gogojito, perteneciente a la municipalidad de Canatlán estado de Durango.

Sembraba yo en aquella hacienda a medias con los señores López Negrete. Tenía, además de mi madrecita y mis hermanos Antonio e Hipólito, mis dos hermanas: una de quince años y la otra de doce. Se llamaba una Martina, y la otra, la grande, Marianita.

Habiendo regresado yo, el 22 de septiembre, de la labor, que en ese tiempo me mantenía solamente quitándole la yerba, encuentro en mi casa con que mi madre se hallaba abrazada de mi hermana Martina: ella por un lado y don Agustín López Negrete por el otro. Mi pobrecita madre estaba hablando llena de angustia a don Agustín. Sus palabras contenían esto:

-Señor, retírese usted de mi casa. ¿Por qué se quiere llevar usted a mi hija? Señor, no sea ingrato.

Entonces volví yo a salir y me fui a la casa de un primo hermano mío que se llamaba Romualdo Franco. Allí tomé una pistola que acostumbraba yo tener colgada de una estaca, regresé a donde se hallaban mi madrecita y mis hermanas y luego le puse balazos a don Agustín López Negrete, de los cuales le tocaron tres.

Viéndose herido aquel hombre, empezó a llamar a gritos a los cinco mozos que venían con él, los cuales no sólo acudieron corriendo, sino se aprontaron con las carabinas en la mano. Pero don Agustín López Negrete les dijo:

-¡No maten a ese muchacho! Llévenme a mi casa.

Entonces lo cogieron los cinco mozos, lo echaron en un elegante coche que estaba afuera y se lo llevaron para la hacienda de Santa Isabel de Berros, que dista una legua de la hacienda de Gogojito.

Cuando yo vi que don Agustín López Negrete iba muy mal herido, y que a mí me habían dejado libre en mi casa, cogí de nuevo mi caballo, me monté en él, y sin pensar en otra cosa me dirigí a la sierra. Aquella sierra que está enfrente de Gogojito se nombra Sierra de la Silla.

Otro día siguiente bajé hasta la casa de un amigo mío llamado Antonio Lares y le pregunté:

-¿Qué tienes de nuevo? ¿Qué ha pasado con los tiros que le di ayer a don Agustín López?

El me contestó:

-Dicen que está muy grave.

Aquí han mandado de Canatlán hombres armados que andan en persecución tuya.

Yo le contesté:

-Dile a mi madrecita que se vaya con la familia a la casa de Río Grande.

Y me volví a la sierra.

Desde esa época no cesaron las persecuciones para mí. De todos los distritos me recomendaron para que me aprehendieran vivo o muerto. Me pasaba yo ahora meses y meses yendo de la sierra de la Silla a la sierra de Gamón, manteniéndome siempre con lo que la fortuna me ayudaba, que casi nunca era más que carne sin sal, pues no me atrevía a llegar a ningún poblado, porque dondequiera me perseguían.

Por mi ignorancia, o mi inexperiencia, en una de aquellas veces alcanzaron a cogerme entre tres hombres. Me condujeron a San Juan del Río y me metieron a la cárcel a las doce de la noche. Pero como las autoridades iban a hacer sus gestiones para ejecutarme, o más bien dicho, para fusilarme, porque ese era el decreto que estaba dado en mi contra en todo el Estado, a las diez de la mañana me sacaron de la cárcel para que moliera un barril de nixtamal.

Yo entonces resolví libertarme de los hombres que me cuidaban. Les eché la mano del metate, con lo que maté a uno, y subí encarrerado por un cerro de los Remedios y que está cerca de la cárcel. Cuando le avisaron al jefe de la policía, todo fue inútil: ya les resultó imposible darme alcance. Porque al bajar al río, arriba de San Juan, encontré un potrero rejiego que acababa de coger de las manadas, me monté en él y le di río arriba.

Luego que me vi como a dos leguas de San Juan del Río, aquel animal ya cansado, me apeé de él, lo dejé que se fuera, y yo me dirigía buen paso a mi casa, que estaba cerca, río arriba, en el punto ya indicado de Río Grande.

En la noche bajé a la casa de un primo hermano mío. Le comuniqué lo que me pasaba. Me dio su caballo, su montura y alimentos para algunos días. Y bien surtido ya con todo eso, me retiré a mis mismas habitaciones de antes, que, como ya he dicho, eran la sierra de la Silla y la Sierra de Gamón.

Allí me la pasé hasta el siguiente año.

Por aquella época yo era conocido con el nombre de Doroteo Arango. Mi señor padre, Don Agustín Arango, fue hijo natural de don Jesús Villa, y por ser ése su origen llevaba el apellido Arango, que era el de su madre, y no el que le tocaba por el lado del autor de sus días. Mis hermanos y yo, hijos legítimos y de legítimo matrimonio, recibimos también el apellido Arango, con el cual, y solamente con ése, era conocida y nombrada toda nuestra familia.

Como yo tenía noticia de cuál era el verdadero apellido que debía haber llevado mi padre, resolví amarme de él cuando empezaron a ser cada día más constantes las persecuciones que me hacían. En vez de ocultarme bajo otro nombre cualquiera, cambié el de Doroteo Arango, que hasta entonces había llevado, por este de Francisco Villa que ahora tengo y estimo como más mío. Pancho Villa empezaron a nombrarme todos, y casi sólo por Pancho Villa se me conoce en la fecha de hoy.

Como decía, en la sierra de la Silla, o en la de Gamón, me la pasé hasta el siguiente año de 1895. En los primeros días de octubre me hicieron una entrega. Estando yo dormido en la labor de La Soledad, que está pegada a la sierra de la Silla, siete hombres me descubrieron y me agarraron. Alguno me había hecho la entrega, un tal Pablo Martínez, según luego supe. Y sucedió que cuando yo recordé ya tenía sobre mí siete carabinas, y todos aquellos hombres, a una voz, estaban pidiéndome rendición. Como yo me miré perdido, no hice más que contestar a los siete hombres:

-Estoy rendido.

Y a seguidas les dije:

-¿Para qué tanto escándalo señores? Vamos asando elotes antes que nos retiremos a donde ustedes me van a llevar.

Entonces dijo el que la hacía de comandante, que era un hombre nombrado Félix Sariñana:

-¡Qué miedo le vamos a tener a este pobre! Sí, señores: asaremos los elotes, almorzamos aquí con él y nos lo llevamos a presentar a San Juan del Río.

Esto dijeron y esto pensaron hacer, porque desde el lugar donde me habían agarrado hasta San Juan del Río el trecho quedaba algo retirado.

Yo comprendí bien cómo aquellos hombres iban a ponerme en manos de mis enemigos para que me fusilaran, pues sólo eso buscaban con tantas persecuciones. Teniendo, pues, yo mi caballo y mi montura como a cuatrocientos metros de allí, en unos recortes y dentro de unos surcos que no se alcanzaban a ver, y no sabiendo ellos que debajo de la cobija donde yo estaba acostado escondía mi pistola, y mirando yo que dos de los siete se habían ido a cortar los elotes, y otros dos a traer leña, con lo que tan sólo tres quedaban conmigo, tomé repentinamente la pistola y me les eché encima. Se acobardaron los tres y rodando se dejaron ir hasta el fondo de uno como arroyo. Yo entonces corrí a montarme en mi caballo, y cuando ellos, juntos otra vez, quisieron darme alcance, yo ya me encaminaba a media rienda hacia mis habitaciones.

Conforme empezaba a trepar por la sierra, vi a lo lejos cómo ellos se quedaban en el plan y me miraban subir.

Unos tres meses después de aquello me echaron encima la acordada de Canatán. Mis enemigos eran sabedores de que yo me mantenía por los dichos parajes, y otra vez hacían su lucha para ver si me agarraban. Los de la acordada me hallaron al fin en un lugar que se llama Corral Falso. Pero como ellos no sabían la tierra, y el dicho corral no tenía más que una entrada, les hice el hincapié de que yo iba por otra parte. Todos se juntaron entonces a seguirme y para cogerme, y lo que sucedió fue que se me pusieron de blanco, con lo que les maté a tres rurales y algunos caballos. Acobardados, aflojaron en la persecución; y como luego dieran muestras de ir a retirarse por donde se me habían acercado, yo aproveché sus dudas para escapármeles por la única salida que había, y que ellos ignoraban.

Entonces decidí cambiarme a la sierra de Gamón; y no teniendo con qué mantenerme me llevé doce reses, con las cuales me dirigí a una quebrada que está en la dicha sierra y que se nombra Quebrada del Cañón del Infierno. Me remonté hasta los meros picos de la quebrada. Maté mis reses a solas en toda aquella grande soledad. Hice carne seca. Y bien surtido de ese modo, me establecí allí por cinco meses. Una parte de la carne la vendí luego por medio de unos madereros que talaban en un lugar nombrado Pánuco de Avino y que fueron muy fieles amigos para mí. Los dichos madereros me llevaban café y tortillas, y yo hacía que me compraran otras provisiones.

O sea, que de ese modo fui pasando los cinco meses que por allí anduve.

Corrido aquel tiempo, volví a trasladarme a la Sierra de la Silla. Una noche, visitando la hacienda de Santa Isabel de Berros, fui a casa de un amigo mío nombrado Jesús Alday, Yo le dije:

-¿Qué tienes de nuevo por aquí?

Me dice él:

-Mucho nuevo. Para ti, persecuciones.

Y me añadí:

-Hermanito porque así me decía-, te tengo dos amigos. Te los voy a presentar por si quieres juntarte con ellos para que ya no lleves esa vida tan pesada. Te los voy a presentar, si quieres, mañana en la noche.

Así fue. Otro día en la noche volví a casa de Jesús Alday. Los amigos que me presentó eran el hoy difunto Ignacio Parra y el hoy finado Refugio Alvarado, en aquella época tan perseguidos como yo.

Al verme estos señores, le dijeron a Jesús Alday:

-Está muy muchacho el pollo. Y eso que nos lo alabas por muy bueno.

Y a mí me dijo el finado Ignacio: -¿Usted tiene voluntad de irse con nosotros, güerito?

Aquella misma noche salí con ellos rumbo a la hacienda de La Soledad, y al otro día seguimos con dirección a Tejame, de donde está muy cerca una hacienda que se nombra Hacienda de la Concha.

Antes de oscurecer me dijeron mis dos compañeros:

-Oiga, güerito. Si usted quiere andar con nosotros, se necesita que lo que nosotros le mandemos haga. Se lo advertimos para que no se asuste.

Les dije yo:

-Señores, yo estoy dispuesto a hacer todo lo que ustedes me manden. Soy perseguido por el Gobierno, por la que nombran justicia, y antes que morir sin honor, prefiero defender mi derecho obedeciendo cualquier mandato de ustedes.

Entonces me dijeron ellos:

-¿Ve, güerito, toda aquella mulada que está en aquel *rastrujo*?

-La veo; sí, señores.

-Pues toda nos la vamos a llevar esta noche, y usted, güerito, tiene que ir a ahorcar el certero de la mulera y a traérmola *cabestreando*.

Así lo hice cuando me lo mandaron, que sería como a las once de la noche. Traje la mulera, la agarró el señor Ignacio, y entonces el difunto Refugio Alvarado y yo arreamos la mulada.

Nos venimos con todas aquellas mulas a un mineral que se llama Promontorio, y al amanecer estuvimos con toda la mulada frente al dicho mineral. Allí esperamos la noche para volver a caminar, y nos amaneció frente a un punto nombrado Las Iglesias. Otro día seguimos la noche. Amanecemos a un lado de la hacienda de Ramos, en un ranchito donde mis compañeros tenían unos amigos. Otro día seguimos la noche y fuimos a amanecer a un lugar que se llama Urique, cerca de Indé. Otro día seguimos la noche y pasamos de Indé hasta un punto que nombran Agua Zarca, donde mis compañeros tenían otros amigos. Seguimos la noche otro día y fuimos a amanecer en la sierra llamada Cabeza del Oso, frente a la hacienda de Canutillo y frente a Las Nieves. Otro día seguimos la noche y venimos a amanecer en otra sierra, nombrada Sierra del Amolar. Otro día seguimos la noche y fuimos a amanecer junto a Parral, en el punto llamado Ojito.

El dueño de aquel potrero era un viejito amigo de nosotros, es decir, del difunto Ignacio y del finado Refugio. Se llamaba don Ramón.

Allí dejé a la mulada, y como estábamos en un buen retiro, nos fuimos a descansar en la casa del referido viejito. Era una casa muy elegante, donde no nos faltaba nada.

Pasados ocho días hicimos entrega de la mulada a otros señores, y un día después me llamó el difunto Ignacio, me llevó por unas pilas que hay en Parral en el barrio de Guanajuato, en un sitio plantado de árboles, y me dijo:

-Vengo a entregarle a usted este dinero que le pertenece, güerito.

Le dije yo:

-Muy bien señor.

Y me dio entonces tres mil pesos.

Aquello fue grande asombro para mí, porque jamás había visto ni cien pesos juntos en mis manos. Recibí lo que me daba el difunto Ignacio, me despedí de él y me fui luego a comprarme ropa con aquel dinero.

Días después le pregunté al difunto Ignacio que cuándo nos íbamos, porque a pesar de ser yo tan perseguido en mi tierra, ella no se me podía olvidar. Él me contestó:

-Nos vamos pasado mañana en la noche. Y oiga güerito: cómprese usted un caballo bueno, con sus monturas, porque nada sirve de todo lo que trae.

Ese mismo día, queriendo asomarme a una cantina, vi a la puerta de ella un caballo negro con una montura nuevecita. Sin pensar en nada ni importarme nada, me monté en él con todo reposo, y cuando estaba haciendo eso oí que el dueño me gritaba:

-¡Oiga amigo! ¿Para dónde va? Pero ya no pudo detenerme, porque tan pronto como me vi yo sobre dicho animal, me fui a esconderlo en el potrero donde habíamos tenido la mulada, que era el único paraje que yo conocía en aquella tierra.

Tiempo después, al venir yo a criarme hombre en el distrito de Hidalgo del Parral, llegué a saber que aquel caballo era de un señor llamado don Ramón Amparán. Yo entonces, considerando su grande hermosura, no hacía más que cuidarlo en espera de la hora de salida que me habían anunciado mis compañeros. Cuando esa hora llegó ellos me preguntaron que si tenía en qué irme. Yo les dije que sí, y cuando luego vieron el magnífico caballo que yo montaba y quisieron saber cuánto me había costado, les contesté:

-No me ha costado más que montarme en él, porque un borracho lo tenía a la puerta de una cantina.

Desde entonces aquellos dos hombres me cogieron muy grande cariño.

Atento cuanto se decía de Villa y el villismo, y a cuanto veía a mi alrededor, a menudo me preguntaba en Ciudad Juárez qué hazañas serían las que pintaban más a fondo a la División del Norte: si las que se suponían estrictamente históricas, o las que se calificaban de legendarias; si las que contaban como algo visto dentro de la más escueta exactitud, o las que traían ya, con el toque de la exaltación poética, la revelación tangible de las esencias. Y siempre eran las proezas de este segundo orden las que se me antojaban más verdícas, las que, a mis ojos, eran más dignas de hacer historia.

Porque ¿dónde hallar, pongo por caso, mejor pintura de Rodolfo Fierro - y Fierro y el villismo eran espejos contrapuestos, modos de ser que se reflejaban infinitamente uno - en otro que en el relato que ponía a aquél ante mis ojos, después de una de las últimas batallas, entregado a consumir, con fantasía tan cruel como creadora de escenas de muerte, las terribles órdenes de su jefe? Verlo así era como sentir en el alma el roce de una tremenda realidad y conservar después la huella de eso para siempre.

Aquella batalla, fecunda en todo, había terminado dejando en manos de Villa no menos de quinientos prisioneros. Villa mandó separarlos en dos grupos: de una parte, los voluntarios orozquistas a quienes llamaban "colorados"; de la otra, los federales. Y como se sentía ya bastante fuerte para actos de grandeza, resolvió hacer un escarmiento con los prisioneros del primer grupo, mientras se mostraba generoso con los del segundo. A los "colorados" se les pasaría por las armas antes de que oscureciera; a los federales se les daría a elegir entre unirse a las tropas revolucionarias o bien irse a su casa mediante la promesa de no volver a hacer armas contra la causa constitucionalista.

Fierro, como era de esperar, fue el encargado de la ejecución, a la cual dedicó, desde luego, la eficaz diligencia que tan buen camino le auguraba ya en el ánimo de Villa, o de su "jefe", según él decía.

Declinaba la tarde. La gente revolucionaria, tras de levantar el campo, iba reconcentrándose lentamente en torno del humilde pueblecito que había sido objeto de la acción. Frio y tenaz, el viento de la llanura chihuahuense empezaba a despegar del suelo y apretaba los grupos de jinetes y de infante: unos y otros se acogían al socaire de las casas. Pero Fierro - a quien nunca detuvo nada ni nadie - no iba a rehuir un airecillo fresco que a lo sumo **barruntaba** la helada de la noche. Cabalgó en su caballo de anca corta, contra cuyo pelo oscuro, sucio por el polvo de la batalla, rozaba el borde del sarape gris. Iba al paso. El viento le daba de lleno en la cara, mas él no trataba de evitarlo clavando la barbilla en el pecho ni levantando los pliegues del embozo. Llevaba **enhiesta** la cabeza, arrogante el busto, bien puestos los pies en los estribos y elegantemente dobladas las piernas entre los arreos de campaña sujetos a los tientos de la montura. Nadie lo veía, salvo la desolación del llano y uno que otro soldado que pasaba a distancia. Pero él, acaso inconscientemente, arrendaba de modo que el animal hiciera piernas como para lucirse en un paseo. Fierro estaba contento: lo embargaba el placer de la victoria - de la victoria, en que nunca creía hasta no consumarse la derrota completa del enemigo - , y su alegría interior le aforaba en sensaciones físicas que tornaban grato el hostigo del viento y el andar del caballo después de quince horas de no **aparse**. Sentía como caricia la luz del sol - sol un tanto desvaído, sol prematuramente envuelto en fulgores de incendio.

Llegó al corral donde tenía encerrados, como rebaño de reses, a los trescientos prisioneros "colorados" condenados a morir, y se detuvo un instante a mirar por sobre las tablas de la cerca. Por su aspecto, aquellos trescientos huertistas hubieran podido pasar por otros tantos revolucionarios. Eran de la fina raza de Chihuahua: altos los cuerpos, sobrias las carnes, robustos los cuellos, bien conformados los hombros sobre espaldas vigorosas y flexibles. Fierro consideró de una ojeada el pequeño ejército preso, lo apreció en su valor guerrero - y en su valor - y sintió una rara pulsación, un estremecimiento que le bajaba desde el corazón, o desde la frente, hasta el índice de la mano derecha. Sin quererlo, la palma de esa mano fue a posarse en las cachas de la pistola.



## La fiesta de las balas



"Batalla, ésta", pensó.

Indiferentes a todo, los soldados de caballería que vigilaban a los prisioneros no se fijaban en él. A ellos no les preocupaba más que la molestia de estar montando una guardia fatigosa - guardia incomprensible después de la excitación del combate - y que les exigía tener lista la carabina, cuya culata apoyaban en el muslo. De cuando en cuando, si algún prisionero se apartaba del grupo, los soldados apuntaban con aire resuelto y, de ser preciso, hacían fuego. Una onda rizaba entonces el perímetro informe de la masa de los prisioneros, los cuales se replegaban para evitar el tiro. La bala pasaba de largo o derribaba a alguno de ellos.

Fierro avanzó hasta la puerta del corral; gritó a un soldado, que vino a descender las trancas, y entró. Sin quitarse el sarape de sobre los hombros echó pie a tierra. El saltó le deshizo el embozo. Tenía las piernas entumecidas de cansancio y frío: las estiró. Se acomodó las dos pistolas. Se puso luego a observar despacio la disposición de los corrales y sus diversas divisiones. Dio varios pasos, sin soltar la rienda, hasta una de las cercas. Pasó la rienda, para dejar sujeto el caballo, por entre la juntura de dos tablas. Sacó de las cantinas de la silla algo que se metió en los bolsillos de la chaqueta, y atravesó el corral a poca distancia de los prisioneros.

Los corrales eran tres, comunicados entre sí por puertas interiores y callejones estrechos. Del ocupado por los prisioneros, Fierro pasó, deslizándose el cuerpo entre las trancas de la puerta, al de en medio. En seguida, al otro. Allí se detuvo. Su figura, grande y hermosa, irradiaba un aura extraña, algo superior, prestigioso, y a la vez adecuado al triste abandono del corral. El sarape había venido resbalándose por el cuerpo hasta quedar pendiente apenas de los hombros: los cordoncillos de las puntas arrastraban por el suelo. Su sombrero, gris y ancho de ala, se teñía de rosa al recibir de soslayo la luz poniente del sol. A través de las cercas, los prisioneros lo veían desde lejos, vuelto de espaldas hacia ellos. Sus piernas formaban compás hercúleo y destellaban: el cuero de las mitasas brillaba en la luz de la tarde.

A unos cien metros, por la parte de fuera de los corrales, estaba el jefe de la tropa encargada de los prisioneros. Fierro lo vio y le indicó a señas que se acercara. El oficial cabalgó hasta el punto de la cerca más próxima a Fierro. Éste caminó hacia él. Hablaron. Por momentos, conforme hablaban, Fierro fue señalando diversos puntos del corral donde se encontraba y del corral contiguo. Después describió, moviendo la mano, una serie de evoluciones que repitió el oficial como con ánimo de entenderlo mejor. Fierro insistió dos o tres veces en una maniobra al parecer muy importante, y el oficial, seguro de las órdenes, partió al galope hacia el corral de los prisioneros.

Entonces tomó Fierro al centro del corral, atento otra vez al estudio de la disposición de las cercas y demás detalles. Aquel corral era el más amplio de los tres y, según parecía, el primero en orden - el primero en relación con el pueblo. Tenía, en dos de sus lados, sendas puertas hacia el campo: puertas de trancas más estropeadas - por mayor uso - que las de los corrales posteriores, pero de maderos más fuertes. En otro lado se abría la puerta que daba al corral inmediato. Y el lado último, en fin, no era una simple cerca de tablas, sino tapia de adobes, de no menos de tres metros de altura. La tapia mediría como sesenta metros de largo, de los cuales veinte servían de fondo a un cobertizo o pesebre, cuyo tejado bajaba de la barda y se asentaba, de una parte, en los postes, prolongados, del extremo de una de las cercas que lindaban con el campo, y de la otra, en una pared, también de adobe, que salía perpendicularmente de la tapia y avanzaba cosa de quince metros hacia los medios del corral. De esta suerte, entre el cobertizo y la cerca del corral inmediato venía a quedar un espacio cerrado en dos de sus lados por paredes macizas. En aquel rincón, el viento de la tarde amontonaba la basura y hacía sonar con ritmo anárquico, golpeándolo contra el brocal de un pozo, un cubo de hierro. Del brocal del pozo se elevaban dos palos toscos, terminados en horqueta, sobre los cuales se atravesaba un tercero del que pendía una garrucha con cadena, que sonaba también movida por el viento. En lo más alto de una de las horquetas un pájaro, grande, inmóvil, blanquecino, se confundía con las puntas torcidas del palo seco.

Fierro se hallaba a cincuenta pasos del pozo. Detuvo un segundo la vista sobre la figura quieta del pájaro y, como si la presencia de éste encajara a pelo en sus reflexiones, sin cambiar de expresión, ni de postura, ni de gesto, sacó la pistola lentamente. El cañón del arma, largo y pulido, se transformó en dedo de rosa a la luz poniente del sol. Poco a poco, el gran dedo fue enderezándose hasta señalar en dirección del pájaro. Sonó el disparo - seco y diminuto en la inmensidad de la tarde - y cayó el pájaro al suelo. Fierro volvió la pistola a la funda.

En aquel momento un soldado saltó, escalando la cerca, dentro del corral. Era el asistente de Fierro. Había dado el brinco desde tan alto que necesitó varios segundos para erguirse de nuevo. Al fin lo hizo y caminó hacia donde su amo estaba. Fierro le preguntó sin volver la cara:

- ¿Qué hubo con éstos? Si no vienen luego va a faltar tiempo.
- Parece que ya vienen ay - contestó el asistente.
- Entonces, tú ponte ahí de una vez. Aver, ¿qué pistola traes?
- La que usted me dio, mi jefe. La "mitigüeson".
- Dácala, pues, y toma estas cajas de parque. ¿Cuántos tiros tienes?
- Unas quince docenas con los que he arrejuntado hoy, mi jefe. Otros hallaron hartos, yo

no.

- ¿Quince docenas?... Te dije el otro día que si seguías vendiendo el parque para emborracharte iba a meterte una bala en la barriga...

- No, mi jefe.

- No mi jefe ¿qué?

- Que me embriago, mi jefe, pero no vendo el parque.

- Pues cuidado, porque me conoces. Y ahora ponte vivo para que me salga bien esta anqueta. Yo disparo y tú cargas las pistolas. Y oye bien esto que voy a decirte: si por tu culpa se me escapa uno siquiera de los "colorados", te acuesto con ellos.

- ¡Ah, qué mi jefe!

- Como lo oyes.

El asistente extendió su frazada sobre la tierra y vació allí las cajas de cartuchos que Fierro acababa de darle. Luego se puso a extraer, uno a uno, los tiros que traía en las cananas de la cintura. Tan de prisa quería hacerlo que se tardaba más de la cuenta. Estaba nervioso; los dedos se le embrollaban.

- ¡Ah, qué mi jefe! - seguía pensando para sí.

Mientras tanto, tras de la cerca que daba al corral inmediato fueron apareciendo soldados de los de la escolta. Montados a caballo, medio busto les sobresalía del borde de las tablas. Muchos otros se distribuyeron a lo largo de las dos cercas restantes.

Fierro y su asistente eran los únicos que estaban dentro del corral: Fierro, con una pistola en la mano y el sarape caído a los pies; el asistente, en cuclillas, ordenando sobre su frazada las filas de cartuchos.

El jefe de la escolta entró a caballo por la puerta que comunicaba con el corral contiguo, y dijo:

- Ya tengo listos los diez primeros. ¿Te los suelto?

Respondió Fierro:

- Sí; pero antes avísales de lo que se trata; en cuanto asomen por la puerta, yo empezaré a dispararles; los que lleguen a la barda y la salten quedan libres. Si alguno no quiere entrar, tú métele bala.

Volvióse el oficial por donde había venido, y Fierro, pistola en mano, se mantuvo atento, fijos los ojos en el espacio estrecho por donde los prisioneros iban a irrumpir.

Se había situado bastante próximo a la cerca divisoria para que, al hacer fuego, las balas no alcanzaran a los "colorados" que todavía estuviesen del lado de allá: quería cumplir lealmente lo prometido. Pero su proximidad a las tablas no era tanta que los prisioneros, así que empezase la ejecución, no descubriesen, en el acto mismo de trasponer la puerta, la pistola que les apuntaría a veinte pasos. A espaldas de Fierro, el sol poniente convertía el cielo en luminaria roja. El viento seguía soplando.

En el corral donde estaban los prisioneros creció el rumor de voces - voces que los silbos del viento destrozaban, voces como de vaqueros que arrearan ganado. Era difícil la maniobra de hacer pasar del corral último al corral de en medio a los trescientos hombres condenados a morir en masa; el suplicio que los amenazaba hacía **encrespase** su muchedumbre con sacudidas de organismo histérico. Gritaban los soldados de la escolta, y, de minuto en minuto, los disparos de carabina recogían los gritos en la punta de un latigazo.

De los primeros prisioneros que llegaron al corral intermedio, un grupo de soldados segregó diez. Los soldados no bajaban de veinticinco. Echaban los caballos sobre los presos para obligarlos a andar; les apoyaban contra la carne las bocas de las carabinas.

- ¡Traidores! ¡Hijos de la rejilla! ¡Ora vamos a ver qué tal corren y brincan! ¡Eche usted p'allá, traidor!

Y así los hicieron avanzar hasta la puerta de cuyo otro lado estaban Fierro y su asistente. Allí la resistencia de los "colorados" se acentuó; pero el golpe de los caballos y el cañón de las carabinas los persuadieron a optar por el otro peligro, por el peligro de Fierro, que no estaba a un dedo de distancia, sino a veinte pasos.

Tan pronto como aparecieron dentro de su visual, Fierro los saludó con extraña frase - frase a un tiempo cariñosa y cruel, de ironía y de esperanza - :

- ¡Ándeles, hijos: que nomás yo tiro y soy mal tirador!

Ellos brincaban como cabras. El primero intentó abalanzarse sobre Fierro, pero no había dado tres saltos cuando cayó acribillado a tiros por soldados dispuestos a lo largo de la cerca, los otros corrieron a escape hacia la tapia - loca carrera que a ellos les parecía como de sueño - . Al ver el brocal del pozo, uno quiso refugiarse allí: la bala de Fierro lo alcanzó primero. Los demás siguieron alejándose; pero uno a uno fueron cayendo - en menos de diez segundos Fierro disparó ocho veces -, y el último cayó al tocar con los dedos los adobes que por un extraño capricho separaban en ese momento la región de la vida de la región de la muerte. Algunos cuerpos dieron aún señales de vida; los soldados, desde su sitio, tiraron sobre ellos para rematarlos.

Y vino otro grupo de diez, y luego otro, y otro, y otro. Las tres pistolas de Fierro - dos suyas, la otra de su asistente - se turnaban en la mano homicida con ritmo perfecto. Cada una disparaba seis veces - seis veces sin apuntar, seis veces - al descubrir - y caía después en la frazada del asistente. Éste hacía saltar los casquillos quemados y ponía otros nuevos. Luego, sin cambiar de postura, tendía hacia Fierro la pistola, el cual la tomaba al dejar caer la otra. Los dedos del asistente tocaban las balas que segundos después tenderían sin vida a los prisioneros; pero él no levantaba los ojos para ver a los que caían. Toda su conciencia parecía concentrarse en la pistola que tenía en las manos, y en los tiros, de reflejos de oro y plata, esparcidos en el suelo. Dos sensaciones ocupaban todo lo hondo de su ser: el peso frío de los cartuchos que iba metiendo en los orificios del cilindro y el contacto de la epidermis lisa y cálida del arma. Arriba, por sobre su cabeza, se sucedían los disparos con que su "jefe" se entregaba al deleite de hacer blanco.

El angustioso huir de los prisioneros en busca de la tapia salvadora - fuga de la muerte en una sinfonía espantosa donde luchaban como temas reales la pasión de matar y el ansia inagotable de vivir - duró cerca de dos horas.

Ni un instante perdió Fierro el pulso o la serenidad. Tiraba sobre blancos móviles y humanos, sobre blancos que daban brinco y **traspíes** entre charcos de sangre y cadáveres en posturas inverosímiles, pero tiraba sin más emoción que la de errar o acertar. Calculaba hasta la desviación de la trayectoria por efecto del viento, y de un disparo a otro la corregía.

Algunos prisioneros, poseídos de terror, caían de rodillas al trasponer la puerta: la bala los doblaba. Otros bailaban danza grotesca al abrigo del brocal del pozo hasta que la bala los curaba de su frenesí o los hacía caer heridos por la boca del hoyo. Casi todos se precipitaban hacia la pared de adobes y trataban de escalarla trepando por los montones de cuerpos entrelazados, calientes, húmedos, humeantes: la bala los paralizaba también. Algunos lograban clavar las uñas en la barda de tierra; pero sus manos, agitadas por intensa ansiedad de vida, se tornaban de pronto en manos moribundas.

Hubo un momento en que la ejecución en masa se envolvió en un clamor tumultuoso donde **descollaban** los chasquidos secos de los disparos opacados por la inmensa voz del viento. De un lado de la cerca gritaban los que huían de morir y morían al cabo; de otro, los que se defendían del empuje de los jinetes y hacían por romper el cerco que los estrechaba hasta la puerta terrible. Y al griterío de unos y otros se sumaban las voces de los soldados distribuidos en el contorno de las cercas. Éstos habían ido enardeciéndose con el alboroto de los disparos, con la destreza de Fierro y con los lamentos y el accionar frenético de los que morían. Saludaban con exclamaciones de regocijo la voltereta de los cuerpos al caer; vociferaban, gesticulaban, reían a carcajadas al hacer fuego sobre los montones de carne humana donde advertían el menor indicio de vida.

El **postrer** pelotón de los ajusticiados no fue de diez víctimas, sino de doce. Los doce salieron al corral de la muerte atropellándose entre sí, procurando cada uno cubrirse con el cuerpo de los demás, a quienes trataban de adelantarse en la horrible carrera. Para avanzar hacían **corcovas** sobre los cadáveres **hacinados**; pero la bala no erraba por eso: con precisión siniestra, iba tocando uno tras otro y los dejaba a medio camino de la tapia - abiertos brazos y piernas - abrazados al montón de sus hermanos inmóviles. Uno de ellos, sin embargo, el último que quedaba con vida, logró llegar hasta la barda misma y salvarla... El fuego cesó de repente y el tropel de soldados se agolpó en el ángulo de corral inmediato para ver al fugitivo...

Pardeaba la tarde. La mirada de los soldados tardó en acostumbrarse al parpadeo interferente de las dos luces. De pronto no vieron nada. Luego, allá lejos, en la inmensidad de la llanura medio en sombra, fue cobrando precisión un punto móvil, un cuerpo que corría. Tanto se doblaba el cuerpo al correr que por momentos se le hubiera confundido con algo rastreado a flor de suelo...

Un soldado apuntó:

- Se ve mal...- dijo, y disparó.

La detonación se perdió en el viento del crepúsculo. El punto siguió su carrera...

Fierro no se había movido de su sitio. Rendido el brazo, lo tuvo largo tiempo suelto hacia el suelo. Luego notó que le dolía el índice y levantó la mano hasta los ojos: en la semioscuridad comprobó que el dedo se le había hinchado ligeramente. Lo oprimió con blandura entre los dedos y la palma de la otra mano. Y así estuvo, durante buen espacio de tiempo, entregado todo él a la dulzura de un suave masaje. Por fin se inclinó para recoger del suelo el sarape, del cual se había desembarazado desde los preliminares de la ejecución; se lo echó sobre los hombros y caminó para acogerse al socaire del pesebre. Sin embargo, a los pocos pasos se detuvo y dijo al asistente:

- Así que acabes, tráete los caballos.

Y siguió andando.

El asistente juntaba los casquillos quemados. En el corral contiguo, los soldados de la escolta desmontaban, hablaban, canturreaban. El asistente los escuchaba en silencio y sin levantar la cabeza. Después se irguió con lentitud. Cogió la frazada por las cuatro puntas y se la echó a la espalda: los casquillos vacíos sonaron dentro con sordo cascabeleo.

Había anochecido. Brillaban algunas estrellas. Brillaban las lucecitas de los cigarrillos al otro lado de las tablas de la cerca. El asistente rompió a andar con paso tardo, y así fue, medio a tientas, hasta el último de los corrales, y de allá regresó a poco trayendo de la brida los caballos - el de su amo y el suyo - y, sobre uno de los hombros, la mochila de campaña.

Se acercó al pesebre. Sentado sobre una piedra, Fierro fumaba con la oscuridad. En las juntas de las tablas silbaba el viento.

-Desensilla y tiéndeme la cama - ordenó Fierro-, no aguanto el cansancio.

-¿Aquí en este corral, mi jefe? ¿Aquí...?

-Sí, aquí. ¿Por qué no?

Hizo el asistente como le ordenaban. Desensilló y tendió las mantas sobre la paja, arreglando con el maletín y la montura una especie de almohada. Y minutos después de tenderse Fierro en ellas, Fierro se quedó dormido.

El asistente encendió su linterna y dispuso lo necesario para que los caballos pasaran bien la noche. Luego apagó la luz, se envolvió en su frazada y se acostó a los pies de su amo. Pero un momento después se incorporó de nuevo, se hincó de rodillas y se persignó. En seguida volvió a tenderse en la paja...

Pasaron seis, siete horas. Había caído el viento. El silencio de la noche se empapaba en luz de luna. De tarde en tarde sonaba próximo el estornudo de algún caballo. Brillaba el claro lunar en la abollada superficie del cubo del pozo y hacía sombras precisas al tropezar con todos los objetos - con todos, menos con los montones de cadáveres-. Éstos se levantaban, enormes en medio de tanta quietud, como cerros fantásticos, cerros de formas confusas, incomprensibles.

El azul plata de la noche se derramaba sobre los cadáveres como la más pura luz. Pero insensiblemente aquella luz de noche fue convirtiéndose en voz, voz también irreal y nocturna. La voz se hizo distinta: era una voz apenas perceptible, apagada, doliente, moribunda, pero clara en su tenue contorno, como las sombras que la luna dibujaba sobre las cosas. Desde el fondo de uno de los montones de cadáveres la voz parecía susurrar:

-Ay...Ay...

Luego calló, y el azul de plata de la noche volvió a ser sólo luz. Mas la voz se oyó de nuevo:

-Ay...Ay...

Frios e inertes desde hacía horas, los cuerpos hacinados en el corral seguían inmóviles. Los rayos lunares se hundían en ellos como en una masa eterna. Pero la voz tornó:

-Ay...Ay...Ay...

Y este último ay llegó hasta el sitio donde el asistente de Fierro dormía e hizo que su conciencia pasara del olvido del sueño a la sensación de oír. El asistente recordó entonces la ejecución de los trescientos prisioneros; y el solo recuerdo lo dejó quieto sobre la paja, entreabiertos los ojos y todo él pendiente del lamento de la voz, pendiente con las potencias íntimas de su alma...

-Ay... Por favor...

Fierro se agitó en su cama...

-Por favor..., agua...

Fierro despertó y prestó oído...

-Por favor..., agua...

Entonces Fierro alargó un pie hasta su asistente.

-¡Eh, tú! ¿No oyes? Uno de los muertos está pidiendo agua.

-¿Mi jefe?

-¡Que te levantes y vayas a darle un tiro a ese jijo de la tiznada que se está quejando! ¡A

ver si me deja dormir!

-¿Un tiro a quién, mi jefe?

-A ése que pide agua, ¡ imbécil ! ¿No entiendes?

-Agua, por favor - repetía la voz.

El asistente tomó la pistola de debajo de la montura, y empuñándola, se levantó y salió del pesebre en busca de los cadáveres. Temblaba de miedo y de frío. Uno como mareo del alma le embargaba.

A la luz de la luna buscó. Cuantos cuerpos tocaba estaban yertos. Se detuvo sin saber qué hacer. Luego disparó sobre el punto de donde parecía venir la voz: la voz se oyó de nuevo. El asistente tornó a disparar: se apagó la voz.

La luna navegaba en el mar sin límites de su luz azul. Bajo el techo del pesebre dormía Fierro.

# Glosario

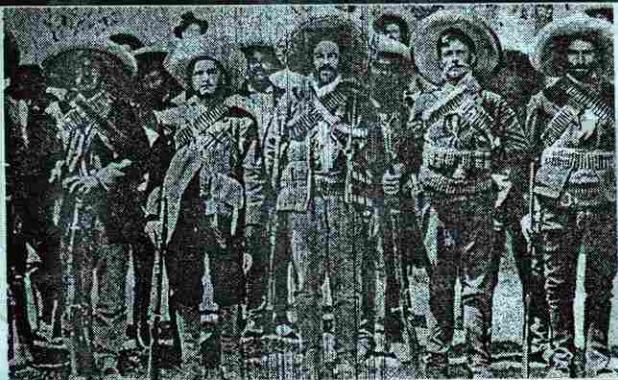
"Memorias de Pancho Villa"

## Rejiego:

Salvaje, inquieto.

## Acordada:

Nombre de un cuerpo judicial con milicia propia y cárcel creado en México (S. XVIII) para perseguir a ladrones y bandidos.



## Rastrojo:

Paja de las mies (cereal maduro) que queda después de segar (cortar).

## Cabestreando:

Estirar la cuerda atada a la cabeza del animal para conducirlo caminando.

# Glosario

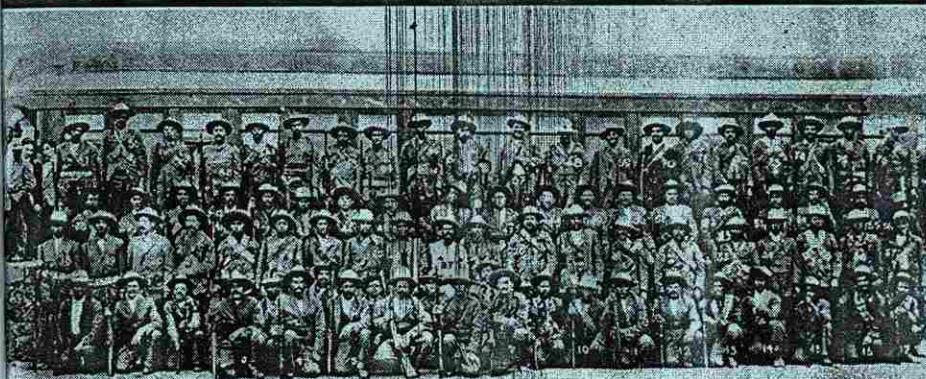
"La fiesta de las balas"

\*Socaire: Al abrigo de... \*Barruntaba: Indicio. \*Enhiesta: Alzada.

\*Arreos: Guarniciones de las caballerías. \*Apearse: Bajarse.

\*Aura: Luminosidad.

\*Embrollaban: Enredaban. \*Encrespase: Irritar



\*Oquedad: Hueco. \*Traspié: Tropezón. \*Descollaban: Sobresalían.

\*Postrer: Último. \*Corcovos: Joroba. \*Hacinados: Amontonados. \*Brida: Freno del caballo.

\*Cabezal: Almohada larga.

# Obras

El águila y la serpiente (El Universal, 1926; Aguilar, 1928)

La sombra del caudillo (El Universal, 1929; Espasa-Calpe, 1929)

Memorias de Pancho Villa, 4 t. (1938-1940)

Filadelfia, paraíso de conspiradores (1938)

Filadelfia, paraíso de conspiradores y otras historias noveladas (1960)

Kinchil (1946)

Islas Marias (1959)

Obras completas, 2 t. (1961-1963)

## BIOGRAFÍA:

Mina el mozo: héroe de Navarra (1932; también bajo el título Javier Mina: Héroe de España y México, 1951)

## ENSAYO:

La querrela de México (1915)

A orillas del Hudson y otras páginas (1959)

A orillas del Hudson (Revista Universal, 1917; Ed. Botas, 1920)

Aventuras democráticas (1931)

Apunte sobre una personalidad (1959)

Academia, Tradición, Independencia, Libertad (discursos, 1959)

Necesidad de cumplir las leyes de Reforma (1963)

Pábulo para la historia (1960)

"Francisco Villa" (transcripción de un discurso en El Día, Sept. 27, 1964:2)

## CRÓNICA:

Muertes históricas (1958)

Febrero de 1913 (1963)

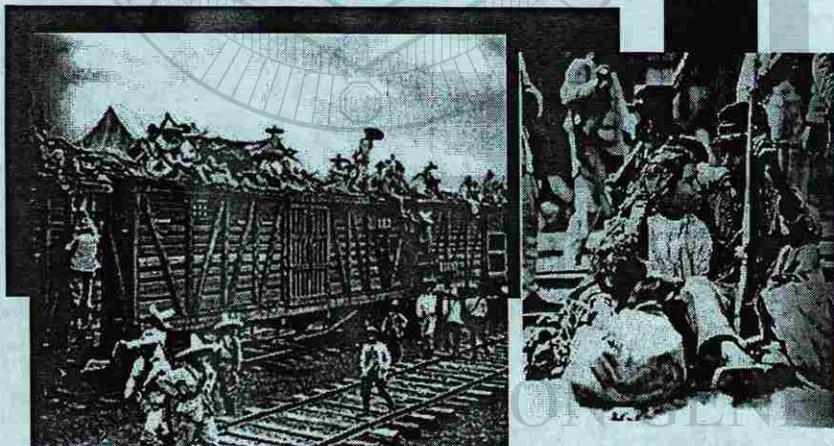
Crónicas de mi destierro (1963)

"Un texto desconocido de Martín Luis Guzmán (Cómo acabó la guerra en 1917)"

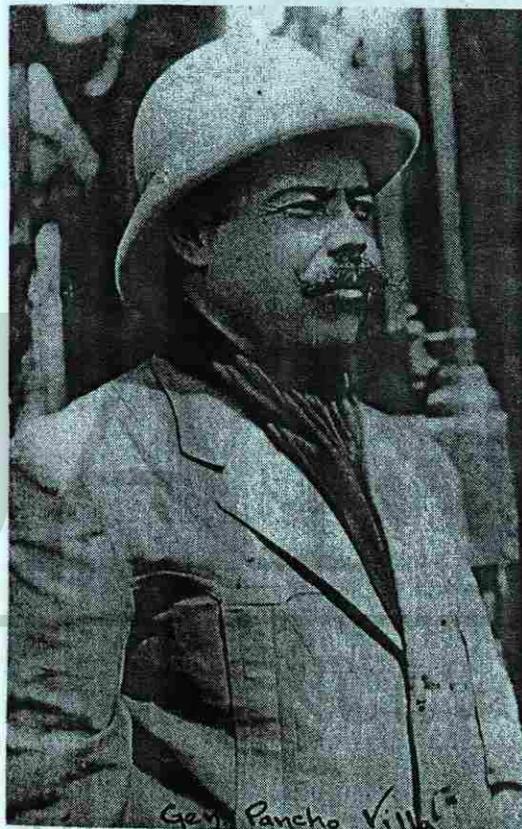
# Galería Revolucionaria



## Galería Revolucionaria



## Corrido de Francisco Villa



Aquí está Francisco Villa  
con sus jefes y oficiales  
Es el que viene a ensillar  
a las mulas federales.

Ora es cuando, colorados,  
alístense a la pelea,  
porque Villa y sus soldados  
les quitaron la zalea!

Ya llegó su amansador,  
Pancho Villa el guerrillero,  
¡pa' sacarlos de Torreón!  
y quitarles hasta el cuero!

Los ricos con su dinero  
recibieron una buena,  
con los soldados de Urbina  
y los de Maclovio Herrera.

Vuela, vuela, palomita,  
vuela en todas las praderas,  
y dí que Villa ha venido  
a hacerles echar carreras.

La justicia vencerá  
se arruinará la ambición,  
a castigar a totitos  
Pancho Villa entró a Torreón.

Vuela, vuela, águila real,  
lleva a Villa estos laureles,  
que ha venido a derrotar  
a Bravo y sus coroneles.

Ora, ¡ijos del Mosquito,  
que Villa tomó Torreón,  
pa' quitarles lo maldito  
a tanto mugre pelón.

¡Viva Villa y sus soldados!  
¡Viva Herrera con su gente!  
Ya han visto, gentes malvadas,  
lo que pueden los valientes.  
Ya con esta me despido,  
por la Rosa de Castilla:  
¡Aquí termina el corrido  
del General Francisco Villa!

*Recogido por John Reed en La Cadena, Durango.*

**¡MI TIERRA Y LIBERTAD!**  
**GUERRA CIVIL**  
 Enlistes en el servicio Militar constitución de  
**Emiliano Zapata**



**HOMBRES CASADOS**  
 Traigan sus esposas para casar y cuidar sus hijos

**HOMBRES SOLTEROS**  
 escojan mujeres sin maridos

**ARRIBA LAS IDEAS DE BENITO JUAREZ**

**¡Viva Mexico!**

Noviembre  
 1913

JUANIL

NOMA DE NUEVO LEÓN

AL DE BIBLIOTECAS

®

# David Alfaro Siqueiros



Del Porfiriato a la Revolución.  
**Los Revolucionarios**

1957-1966  
Pintura mural con piroxilina.